

conociese evidentemente á ninguno de ellos, el niño dirigió á Laigle de Meaux.

— ¿ Es usted el señor Bossuet ? preguntó el chico.

— Tal es el nombre que me dan, respondió Laigle.

¿ Qué es lo que quieres de mí ?

— Hé ahí. Uno alto y rubio que me vió en el boulevard me dijo : ¿ Conocestú á la tia Hucheloup ? Y dije : Sí, calle de la Chanvrerie, la viuda del viejo : y él me dijo entón ces : Vé á su casa. Allí encontrarás al señor Bossuet, y le dirás de mi parte : A-B-C. Es una broma que le juegan á usted, ¿ no es verdad ? Me dió diez sueldos.

— Joly, préstame diez sueldos, dijo Laigle, y volviéndose hácia Grantaire — Grantaire, préstame diez sueldos.

Así reunió veinte sueldos, que Laigle dió al niño.

— Gracias, señor, dijo el muchachito.

— ¿ Cómo te llamas ? preguntó Laigle.

— Navet, el amigo de Gavroche.

— Quédate con nosotros, dijo Laigle.

— Almuerza con nosotros, dijo Grantaire.

El niño respondió :

— No puedo, soy del cortejo, yo soy el que grita : Abajo Polignac !

Y estirando el pié largamente detras de él, que es el más respetuoso de todos los saludos posibles, se marchó.

Cuando se hubo ausentado el niño, Grantaire tomó la palabra :

— Esee es el gamin puro, dijo. Hay muchas variedades en el género gamin. El gamin notario se llama salta-arroyos, el gamin cocinero se llama marmiton, el gamin panadero se llama mitron, el gamin lacayo se llama groom, el gamin marino se llama grumete, el gamin soldado se llama tapin, el gamin pintor se llama rapin, el gamin negociante se llama espolique, el gamin cortesano se llama menino, el

gamin rey se llama delfin, el gamin dios se llama bambino en Italia y en España el niño Jesus.

Entre tanto Laigle estaba meditando, y dijo á média voz : A-B-C, es decir : Entierro de Lamarque.

— El alto y rubio, observó Grantaire, es Enjolras que as quien te envía ese aviso.

— ¿ Iremos ? dijo Bossuet.

— Está lloviendo, repuso Joly. Yo he jurado que iré al fuego, pero do al agua. Yo do quiero resfriarme.

— Yo me quedo aquí, dijo Grantaire. Prefiero un almuerzo á un carro fúnebre.

— Conclusion : que nos quedamos aquí, añadió Laigle. Pues bien, entón ces, bebamos. Por lo demas se puede faltar al entierro, sin faltar á la revolucion.

— ¡ Ah ! la revolucion, yo soy udo de ellos, cuéntese conmigo, exclamó Joly.

Laigle se estregó las manos :

— ¿ Conque es decir que se va á retocar la revolucion de 1830 ? En verdad que ella incomoda al pueblo en las escotaduras.

— Soy casi de todo punto indiferente á vuestra revolucion, dijo Grantaire. Yo no execero á este gobierno. Es la corona templada por el gorro de dormir. Es un cetro que termina en paráguas. En realidad, hoy, á lo que yo juzgo, y en los tiempos que corren, Luis Felipe podrá utilizar su trono para dos fines, extender la punta cetro contra el pueblo y abrir la punta paráguas contra el cielo.

La sala estaba oscura, densos nublados acababan de suprimir el dia. Nadie habia en la taberna, ni en la calle, todo el mundo habia ido á « ver los acontecimientos. »

— ¿ Es medio-día ó media-noche ? exclamó Bossuet. No se ve gota. ¡ Gibelotte, una luz !

Grantaire, triste, continuaba bebiendo.

— Enjolras me desdeña, decia él entre dientes. Enjol-

ras ha dicho: Joly está enfermo. Grantaire está borracho. Por eso ha enviado á Navet con recado sólo para Bossuet. Si él hubiera venido por mí, le habria yo seguido. ¡ Tanto peor para Enjolras ! no iré á su entierro.

Una vez tomada esta resolucion, Bossuet, Joly y Grantaire no se movieron de la taberna. Á eso de las dos de la tarde, la mesa á la cual estaban ellos sentados se hallaba cubierta de botellas vacías. Dos velas de sebo estaban encendidas, una en una palmatoria de cobre enteramente verde, y la otra en el cuello de una garrafa rota. Grantaire habia arrastrado á Joly y á Bossuet hácia el vino; Bossuet y Joly habian atraído á su vez á Grantaire hácia el buen humor.

Por lo que hace á Grantaire, desde las doce, habia dejado ya atras el vino, fuente mediocre de ensueños. Entre los borrachos de primer orden, el vino no pasa de disfrutar un éxito de mera estimacion. Tocante á embriaguez, hay la magia negra y la magia blanca: el vino no es sino la magia blanca. Grantaire era un aventurado bebedor de sueños. La oscuridad de una embriaguez formidable entreabierto á su vista, léjos de contenerle, le atraía. Habia dejado á un lado las botellas y echado mano á la pinta ó el jarro. El jarro es el pozo sin fondo, el abismo. No teniendo á la mano ni opio ni haschichs, y queriendo llenarse el cerebro de crepúsculo, habia recurrido á esa horrible mezcla de aguardiente, de stout y de ajeno que produce letargos tan terribles. De estos tres vapores, cerveza, aguardiente y ajeno se compone el plomo del alma. Son como tres tinieblas; la mariposa celeste se ahoga en ellas; formándose allí, en medio de un humo membranoso, vagamente condensado en ala de murciélago, tres furias mudas, la Pesadilla, la Noche, la Muerte, revoloteando por encima de Psiquis adormida.

Grantaire no se hallaba aún en esta fase lúgubre: bien

léjos de esto, estaba él prodigiosamente alegre, y Bossuet y Joly le daban la réplica. Se pusieron á brindar. Grantaire añadía á la acentuacion excéntrica de las palabras y de las ideas la divagacion del gesto, apoyaba con dignidad su puño izquierdo sobre su rodilla, formando escuadra con el brazo y con su corbata deshecha, á caballo sobre un taburete teniendo en la mano derecha su vaso lleno, dirigia á la criada gruesa, á Matelote, estas palabras solemnes:

— ¡ Que se abran las puertas del palacio ! que todo el mundo sea de la Academia francesa, y tenga derecho de abrazar á madama Hucheloup ! Bebamos.

Y volviéndose hácia la señá Hucheloup añadía:

— Mujer antigua y consagrada por el uso, acércate que yo te contemple.

Y Joly exclamaba:

— Batelotte y Gibelotte, do debeis dar bas de beder á Grantaire. Él gasda hucho didero, consube cobo un loco. Ya hadevorao desde esta mañada en prodigalidades desatidadas dos francos y doventa y cinco céntibos.

Y Grantaire continuaba diciendo:

— ¿ Y quién es el que ha descolgado las estrellas sin mi permiso, para ponerlas sobre esta mesa en guisa de velas? Bossuet, aunque muy embriagado, habia conservado su calma.

Se habia sentado en el poyo de la ventana abierta, moñándose la espalda con la lluvia que estaba cayendo, y desde allí contemplaba á sus dos amigos.

De repente oyó detras de sí un tumulto, pasos precipitados, gritos de *¡ Á las armas !* Volvió la cara, y vió, en la calle de Saint-Denis, al extremo de la calle de la Chanvrière, á Enjolras que pasaba con la carabina en la mano, y á Gavroche con su pistola, Feuilly con su sable, Courfeyrac con su espada, Juan Prouvaire con su mosqueton, Combeferre con su fusil, Bohorel con su escopeta, y

todo el grupo armado y tempuestuoso que los seguía.

La calle de la Chanvrerie no era más larga que el alcance de un tiro de carabina. Bossuet improvisó con ambas manos una cerbatana ó bocina en derredor de su boca, y gritó :

— ¡ Courfeyrac ! ¡ Courfeyrac ! Hé !

Courfeyrac oyó que le llamaban, vió que era Bossuet, y dió algunos pasos por la calle de la Chanvrerie, gritando un : ¿ Qué quieres ? que se cruzó con un : ¿ Adónde vas ?

— Á hacer una barricada, respondió Courfeyrac.

— ¡ Pues bien, aquí ! ¡ el sitio es á propósito ! ¡ hazla aquí !

— Tienes razon, Agui'a, dijo, Courfeyrac.

Y á una señal que este hizo, el grupo se precipitó en la calle de la Chanvrerie.

III

PRINCIPIA Á OSCURECER SOBRE GRANTAIRE

En efecto, el sitio estaba admirablemente indicado ; la entrada de la calle ensanchada, el fondo estrecho y sin salida, viniendo á formar allí Corinto como una compresión, la calle de Mondétour fácil de barrear á derecha é izquierda ; ningun ataque era posible sino por la calle de Saint-Denis, es decir, de frente y á descubierto. Bossuet, embriagado, habia tenido el mismo golpe de vista que tuvo Annibal en ayunas.

La irrupcion del grupo difundió el espanto por toda la calle. Ni un solo transeunte dejó de eclipsarse. En el tiempo de un relámpago, en el fondo, á la derecha, á la izquierda, tiendas, talleres, puertas, médias puertas, ventanas, persianas, balcones, boardillas, todo se cerró, desde el suelo hasta el tejado. Una pobre vieja asustada colocó un colchon delante de su ventana, fijándole en

dos pértigas que la servían para enjugar la ropa, á fin de amortiguar los tiros de la fusilería. La casa de la taberna era la única que habia quedado abierta, por una buena razon, porque el grupo se habia precipitado á entrar en ella. — ¡Ay Dios mio! ¡Dios mio! suspiraba la señá Hucheloup.

Bossuet habia bajado para salir al encuentro á Courfeyrac.

Joly, que se habia asomado á la ventana, gritó :

Courfeyrac, has debido tobar un paraguas. Vas á resfriarte.

Entre tanto, en algunos minutos, veinte barras de hierro habian sido arrancadas de la verja delantera de la taberna, y diez toesas de calle habian sido desempedradas; Gavroche y Bahorel habian cogido al pasar y derribado el carreton de un fabricante de cal llamado Anceau; aquel carreton contenia tres barricas llenas de cal que colocaron ellos bajo unas pilas de adoquines; Enjolras habia levantado la trampa de la cueva, y todas las pipas y toneles vacíos de la viuda Hucheloup habian ido á acompañar á las barricas de cal; Feuilly, con sus dedos habituados á colorear las láminas delicadas de los abanicos, habia apuntalado las barricas y el carreton con dos pilas macizas de ripio y morrillo. Ripio y morrillo improvisados como todo lo demas, y tomados no se sabe dónde. Unas vigas de sosten habian sido arrancadas en la fachada de una casa inmediata y colocadas sobre los toneles. Cuando Bossuet y Courfeyrac se volvieron, la mitad de la calle estaba ya barreada ó interceptada con un muro más alto que un hombre. Nada iguala á la mano popular para edificar lo que se edifica demoliendo.

Matelote y Gibelotte se habian mezclado tambien con los trabajadores. Gibelotte iba y venía cargada de camas-

tros. Su lástid ayudaba á la barricada; sirviendo ella las piedras como habria servido el vino, con trazas de medio adormecida.

Un ómnibus que tenía dos caballos blancos pasó por el extremo de la calle.

Bossuet brincó sobre los adoquines, corrió, detuvo al cochero, hizo que los viajeros se apearan, dió la mano « á las señoras, » despidió al conductor, y se vino trayéndose coche y caballos por la brida.

— Los ómnibus, dijo, no deben pasar por delante de Corinto. *Non licet omnibus adire Corinthum.*

Un instante despues, los caballos desenganchados se marchaban á la ventura por la calle de Mondétour, y el ómnibus tendido de flanco, completaba la barrera que cortaba el paso á la calle.

La señá Hucheloup, trastornada, se habia refugiado en el primer piso.

Tenía la vista vaga, y miraba sin ver, gritando por lo bajo. Sus gritos pavorosos no osaban salir de su garganta.

— Esto es el fin del mundo, murmuraba entre dientes.

Joly depositaba un beso en el pescuezo grueso, rojo y arrugado de la señá Hucheloup, y decia á Grantaire : — Querido, yo siempre he considerado el cuello de una mujer como una cosa infinitamente delicada.

Pero Grantaire, entre tanto tocaba á las más altas regiones del ditirambo. Habiendo vuelto á subir Matelote al piso principal, Grantaire la habia cogido por la cintura y desde la ventana reía á grandes carcajadas.

— ¡Matelote es fea! gritaba, Matelote es el sueño de la fealdad. Matelote es una quimera. Hé aquí el secreto de su nacimiento : un Pigmaleon gótico que hacía gárgolas para las catedrales se enamoró perdidamente cierto dia de una de ellas, que era la más horrible. Suplicó

amor que la animase, y de aqui resultó Matelote. ¡Miradla, ciudadanos! tiene el pelo color de cromato de plomo, como la querida del Ticiano, y es una buena muchacha. Yo respondo que ella se batirá bien. Toda buena muchacha puede convertirse en un héroe. Por lo que hace á la tia Hucheloup, es una vieja valerosa. ¡Ved los bigotes que tiene! los ha heredado de su marido. Es una granadera: ¡cómo! tambien se batirá. Ellas dos solas son capaces de infundir miedo á toda la banlieue¹. Camaradas, derrocaremos al gobierno, tan cierto, como cierto es que existen quince ácidos intermediarios entre el ácido margárico y el ácido fórmico; por lo demas, á mí todo esto me es enteramente igual. Señores, mi padre me ha detestado siempre porque yo no podía comprender las matemáticas. Yo no comprendo más que el amor y la libertad. ¡Soy Grantaire el buen muchacho! No habiendo tenido nunca dinero, no he adquirido la costumbre de tenerle, de donde resulta que jamas he carecido de él; pero si yo hubiera sido rico, no habria habido pobres! ¡ya se habria visto! ¡Oh! ¡si los buenos corazones tuvieran las grandes bolsas! ¡cómo iria todo mucho mejor! ¡Figuraos á Jesucristo con la fortuna de Rothschild! ¡Cuánto bien no haria él! ¡Matelote, bésame! ¡sois voluptuosa y tímida! tenéis mejillas que reclaman el beso de una hermana, y labios que reclaman el beso de un amante.

— ¡Cállate, tonel! dijo Courfeyrac.

Grantaire respondió:

— Yo soy noble capitular de Tolosa y maestro de los juegos florales.

Enjolras, que se hallaba de pié sobre la cresta de la barricada, con el fusil empuñado, levantó su bello y

¹ Las afueras de París.

austero semblante. Sabido es que Enjolras participaba del esparciata y del puritano. Habria él muerto en las Thermópilas con Leónidas y habria quemado á Drogheda con Cromwell.

— Grantaire! le gritó, véte á dormir la mona fuera de aquí. Este es el sitio de la embriaguez que nace del entusiasmo patriótico, y no el sitio de la borrachera. ¡No deshonres la barricada!

Esta palabra llena de irritacion produjo en Grantaire un efecto singular. Diríase que habia recibido un jarro de agua fria en la cara. De repente apareció desembriagado. Se sentó, apoyó un codo sobre la mesa que estaba junto á la ventana, miró á Enjolras con una amabilidad y una bondad inexplicables, y le dijo:

— Déjame dormir aquí.

— Véte á dormir á otra parte.

Pero Grantaire, fijando siempre en él sus ojos tiernos y turbados, respondió:

— Déjame dormir aquí— hasta que muera aquí mismo.

Enjolras le consideró con una mirada desdeñosa:

— Grantaire, tú eres incapaz de creer, de pensar, de querer, de vivir, y de morir.

Grantaire replicó con voz grave:

— Ya lo verás.

Tartamudeó aún algunas palabras ininteligibles, en seguida dejó caer pesadamente su cabeza sobre la mesa, y, lo que suele ser un efecto bastante comun del segundo período de embriaguez en que Enjolras le habia impelido tan bruscamente, un instante despues se habia dormido.

IV

ENSAYO DE CONSUELO Á LA VIUDA HUCHELOUP

Bahorel, extasiado al ver la barricada, gritó :

— ¡ Hé aquí la calle escotada ! ¡ qué bien hace esto !

Courfeyrac, sin dejar de ir demoliendo poco á poco la taberna, procuraba consolar á la viuda tabernera.

— Tia Hucheloup, ¿ no se quejaba usted el otro dia de que la habian significado á usted una sumaria ó proceso, por contravenir á la ley, ó á los reglamentos de policia, á causa de que Gibelotte habia sacudido un tapiz de la cama por las ventanas de la calle ?

— Sí, mi buen señor Courfeyrac. ¡ Ay Jesus de mi vida ! ¿ es que tambien van ustedes á ponerme esta mesa en esos horrores que están ahí haciendo ? Y vea usted que, por el tapiz, y tambien por una maceta que se cayó desde la boardil⁷ la calle, el gobierno me ha tomado

cien francos de multa. ¡ Ya usted ve si esto no es una abominacion !

— Pues bien, tia Hucheloup, nosotros la vengamos á usted.

En este género de reparac⁷on que sela hacia, la tia Hucheloup parecia no comprender suficientemente su beneficio. Mostrábase satisfecha á la manera de aquella mujer árabe que, habiendo recibido un bofeton de su marido, fué á quejarse á su padre, gritando venganza y diciendo : — Padre, tú debes á mi marido afrenta por afrenta. El padre la preguntó : — ¿ En qué mejilla recibiste la bofetada ? — En la mejilla izquierda. El padre la abofeteó en la mejilla derecha y dijo : — Ya estarás contenta. Vé á decir á tu marido que él ha abofeteado á mi hija, pero que yo he abofeteado á su mujer.

La lluvia habia cesado. Varios reclutas habian llegado. Unos obreros habian traído bajo sus blusas un barril de pólvora, un cesto lleno de botellas de vitriolo, dos ó tres hachas de carnaval y una banasta llena de lamparillas (*lampions*) « sobrantes de la fiesta del rey. » Esta fiesta era reciente, pues habia tenido lugar el 1.º de Mayo. Decíase que aquellas municiones venian de parte de un tendero de ultramarinos del arrabal de San Antonio llamado Pepin. Rompieron el único reverbero que habia en la calle de la Chanvrerie, el farol correspondiente de la calle de Saint-Denis, y todos los demas faroles de las calles circunvecinas, de Mondétour, del Cisne, de los Predicadores, y de la Grande y de la Petite-Truanderie.

Enjolras, Combeferre y Courfeyrac eran los que lo dirigian todo. Entre tanto se construian al mismo tiempo dos barricadas, apoyadas ambas en la casa de Corinto y formando escuadra ; la más grande cerraba la calle de la Chanvrerie, la otra cerraba la calle de Mondétour por el lado de la calle del Cisne. Esta última barricada, muy es-

trecha, no estaba construida sino de toneles y adoquines. Había en ella como cincuenta trabajadores; unos treinta armados de fusiles; pues, de paso, los habían tomado á bulto por vía de préstamo en la tienda de un armero.

Nada más extraño y más abigarrado que aquella tropa. El uno llevaba un frac corto, un sable de caballería y dos pistolas de arzon; otro iba en mangas de camisa, con un sombrero redondo y un frasco de pólvora pendiente del costado; un tercero estaba encorazado con nueve pliegos de papel de estraza y armado de una lesna de guarnicionero. Había uno que gritaba: *¡ Exterminemos hasta el último y muramos en la punta de nuestra bayoneta!* Precisamente el que esto decía no tenía bayoneta. Otro ostentaba encima de la levita su corraje del cual pendía una cartuchera de guardia nacional, con su funda adornada de esta inscripción en lana roja: *Orden público*. Muchos fusiles que tenían de manifiesto los números de legiones, pocos sombreros, ninguna corbata, muchos brazos desnudos, algunas picas. Añádase á esto todas las edades, todos los semblantes, jovencitos pálidos, marineros y obreros de color bronceado. Todos se afanaban; y mientras que se ayudaban unos á otros, conversaban acerca de las probabilidades que parecían posibles, — que á eso de las tres de la mañana se recibirían auxilios, — que estaban seguros de un regimiento, — que París se sublevaría. Propósitos terribles con los cuales se mezclaba cierta especie de jovialidad cordial. Diríase que todos ellos eran hermanos, é ignoraban los unos los nombres de los otros. Los grandes peligros tienen esta hermosa calidad, de poner de manifiesto la fraternidad de los desconocidos.

En la cocina habían hecho una grande lumbre donde fundían en un molde de balas todas las colodras, cucharas, tenedores, y cuántas vasijas y otros objetos de estaño había en la taberna. En medio de esto, no cesaban

de beber unos y otros. Las cápsulas y las municiones rodaban confusamente sobre las mesas entre los vasos de vino. En la sala del billar, la seña Hucheloup, Matelote, y Gibelotte, diferentemente modificadas por el terror, una embrutecida, otra sofocada y otra despierta, rasgaban rodillas viejas para hacer hilas, auxiliadas por tres insurgentes, tres mocetones melencidos, barbudos y bigotudos que desbrizaban el lienzo con dedos de costurera y que sin embargo las hacían temblar.

El hombre de elevada talla que habían observado Courfeyrac, Combeferre y Enjolras, en el instante mismo en que él se incorporaba al grupo en la esquina de la calle de Billettes, estaba trabajando en la pequeña barricada, procurando allí hacerse útil. Gavroche trabajaba en la grande. Por lo que hace al jóven que había esperado á Courfeyrac en su casa y le había preguntado por el señor Marius, había desaparecido casi en el instante mismo en que derribaron el ómnibus.

Gavroche, completamente fuera de sus casillas y radioso de contento, se había encargado de activar la marcha de todas las operaciones y de auxiliar los trabajos de cada colaborador con una agilidad y una viveza propias de su edad. Así que iba, venía, subía, bajaba, volvía á subir, zumbaba y chispeaba por todas partes. Parecía hallarse allí para animarlos á todos. ¿ Tenía él un aguijón, un estímulo? Sí, ciertamente, su miseria; ¿ tenía alas? sí, en verdad, su alegría. Gavroche era un torbellino remolineando sin cesar. Veíasele en todas partes, y ofábase siempre. Él solo llenaba el aire, multiplicándose y hállándose á la vez en todos los lugares. Era una especie de ubicuidad irritante; con él no era posible tregua ni respiro. La enorme barricada le sentía sobre su grupa. Aguijaba á los ociosos, excitaba á los flojos, reanimaba á los rendidos por la fatiga, impacientaba á los cavilosos, lle-

vaba á unos la alegría, á otros la animacion, á otros en fin la ira, á todos el movimiento; picaba á un estudiante, mordía á un obrero; tomaba ciertas actitudes, se paraba, volvía á marchar, volaba y se cernía encima del tumulto y del esfuerzo de todos, saltaba de estos á aquellos, murmuraba, gruñía, zumbaba y hostigaba á todo el tiro; verdadera mosca del inmenso Faeton revolucionario.

El movimiento se hallaba encarnado en sus brazos diminutos y el clamor perpétuo en sus reducidos pulmones:

— ¡Audacia! ¡audacia! ¡más piedras aún! ¡más toneles! ¡más fulanos de esos! ¿dónde hay? Un cesto de yeso para tapar aquel agujero. Es todavía muy pequeña vuestra barricada. Es preciso hacerla subir. Echadlo ahí todo, encajado todo, zampadlo todo. Haced pedazos la casa. Una barricada, es el té de la tía Gibou. Tomad, aquí tenéis una puerta vidriera.

Esto hizo exclamar á los trabajadores:

— ¡Una puerta vidriera! ¿y qué quieres tú que hagamos con una puerta vidriera, tubérculo?

— ¡Más hercúleos sois vosotros! replicó Gavroche. Una puerta vidriera en una barricada es una cosa excelente. Eso no impide atacarla, pero incomoda mucho al tomarla. ¿Conque vosotros no habéis birlado nunca manzanas por encima de una pared adornada con culos de botellas? Una puerta vidriera sirve para cortar los callos en los pies de la guardia nacional cuando quiere ella encaramarse sobre la barricada. ¡Pardiez! el vidrio es muy traidor. Vamos andando, camaradas, que parece que vosotros no tenéis una imaginacion desenfrenada.

Por lo demas, estaba él furioso de tener su pistola sin gatillo; y caminaba de uno en otro reclamando: — ¡Un fusil! ¡yo quiero un fusil! ¿Por qué no me dan á mí un fusil?

— ¡Un fusil á tí! dijo Combeferre.

— ¡Toma! replicó Gavroche, ¿y por qué no? ¡ya tuve

uno en 1830, cuando nos disputamos con Cárlos X! Enjolras se encogió de hombros.

— Cuando haya para los hombres, se le dará á los niños. Gavroche se volvió con arrogancia, y le respondió:

— Si te matan á ti ántes que á mí, te tomaré el tuyo.

— ¡Gamin! dijo Enjolras.

— ¡Boquirubio! dijo Gavroche.

Á este tiempo hizo diversion por aquel sitio un elegante extraviado que apareció divagando por el extremo de la calle.

Gavroche le gritó:

— ¡Vaya, caballero, venga usted con nosotros! ¿Vamos, es que no habrá usted de hacer nada por esta vieja patria?

El elegante escapó á toda prisa.

V

LOS PREPARATIVOS

Los periódicos de aquella época que dijeron que la barricada de la calle de la Chanvrerie, aquella *construcción casi inexpugnable*, como ellos la llaman, llegaba hasta el nivel de un piso principal, se equivocaron. El hecho es que no excedía ella la altura média de seis á siete piés. Hallábase construida de manera que los combatientes podían, á voluntad, ó desaparecer detras, ó dominar la barrera y al mismo tiempo escalar la cresta por medio de una cuádruple hilera de adoquines superpuestos y arreglados en forma de gradas en el interior. Por la parte de afuera, el frente de la barricada, compuesto de pilas de adoquines y de toneles enlazados entre sí por medio de vigas y de tablas que se trababan en las ruedas de la carreta Anceau y del ómnibus volcado, tenía un aspecto erizado é inextricable.

En el extremo de la barricada más lejano de la taberna, habían dejado, entre aquella y la pared de la calle, una

abertura ó hendidura suficiente para que pudiera pasar un hombre, de manera que fuese posible operar una salida. La lanza del ómnibus había sido colocada en la posición recta y vertical y sostenida con cuerdas, y una bandera roja, fija en la extremidad superior de dicha lanza, tremolaba sobre la barricada.

La pequeña barricada Mondétour, oculta detras de la casa de la taberna, no se percibía. Las dos barricadas reunidas formaban un verdadero reducto. Enjolras y Courfeyrac no habían juzgado á propósito el fortificar el otro trozo de la calle Mondétour que abre por la calle de los Predicadores una salida hácia los mercados centrales, queriendo sin duda conservar una comunicacion posible con el exterior, y abrigando pocos temores de ser atacados por la peligrosa y difícil callejuela de los Predicadores.

Salvo esta salida que quedaba libre, la cual constituía un ramal, ó lo que Folard, en su estilo estratégico, habría llamado un intestino, y teniendo en cuenta también la exigua escotadura ó abertura dejada en la calle de la Chanvrerie, el interior de la barricada, donde la taberna formaba un ángulo saliente, presentaba un cuadrilátero irregular cerrado por todas partes. Entre la gran barrera y las altas casas que formaban el fondo de la calle, había como unos veinte pasos de intervalo; de suerte que podía decirse que la barricada se hallaba respaldada en aquellas casas, habitadas todas ellas, pero cerradas de arriba abajo.

Todo este trabajo se hizo sin el menor obstáculo ni impedimento, en ménos de una hora, y sin que aquel puñado de hombres atrevidos viera aparecer por allí una gorra de pelo ni una bayoneta. Los raros bourgeois que se aventuraban aún, en aquel momento de la revuelta, á pasar por la calle de Saint-Denis, dirigían una mirada hácia la calle de la Chanvrerie, y al distinguir la barricada, redoblaban el paso.